

Infancia

María Baranda

Mi padre barre, pasa lentamente la escoba en la banqueta. A fuerza de mirar escucho el polvo. La calle y sus sonidos, los márgenes del tiempo que brillan en las grietas. Los niños meten sus manos en el agua. Son una mancha apenas de eso que tuvimos, la sal en su principio, las víboras colgadas en los ganchos y un jardín que mi padre dibujaba con lodo y lava.

*

Los niños suben la cuesta de sílabas perdidas en sus ojos. Debajo de cada letra hay un fino apunte como un grito imaginario en la hondura de las paredes blancas. Los ojos. Las paredes blancas son los ojos. Las paredes blancas son un libro. Sus líneas, hondos pozos del tamaño de un cuervo. Los niños, en su dibujo, son niñas.

*

Niñas de sal como una colmena de ángeles plurales, frutos de un planeta lejano y transparente donde los rostros guardan el sonido de las piedras, manos que están aún por desdecirse como una palabra redonda y gutural, sexo sin tiempo, raja que parte en dos el grito del amor más simple.

*

Cuando traza una línea, relincha la oreja de Dios, es una yegua.

*

Entra mi padre. Se pone una cuchara de metal en el ojo para mirar lo súbito, el tiempo en la superficie de todas las raíces. Lloro, lloro un poco. Se apaga el agua de tan llovida. Se mezclan los gritos de las niñas. Mira a lo lejos, ve sílabas de alumbre, los ojos de un sol que ya declina. Piensa en una línea de fuego que se extiende por el cielo, lo que se nombra a solas: *el miedo*.

*

El *miedo* estalla en un lugar preciso y repetido. Como fuego de noche ahogada en un hueco, como osamenta de barro, de letra sin huesos. Lo que se oía eran finas gotas invisibles de silencio.

*

Ríos capitulares de esos aceitosas: sssssss, plumas bravas, ovejas untadas de ceniza, limaduras con otra sintaxis más certera y profunda como decir *colirio* adentro de los ojos.

*

Todo es palabra abierta entre los cánones del humo. Mi padre silba, rechina una música en los dientes de las niñas. Sé que su garganta sabe a sueño y que todos lo olvidan. Se peina.

*

Hay nubes amarillas, pájaros de sal, flores hechas con vinagre. Lo que resiste el mal se guarda en un pequeño bote de plástico. Nunca hay estrellas. Las niñas bajan la colina pulsando música en la tribuna del poema. Sacan sus lenguas.

*

Tienen palpitaciones en los ojos, aunque se ven felices, están un poco enfermas. El dibujante piensa en adornarlas con oro puro y concha nácar para salvar su vista. Se escucha un rugido de bestia donde comienzan sus sueños.

De próxima publicación en la editorial Papeles Privados.